

Título: ESTECO: UNA CIUDAD “DESAPARECIDA” QUE NO DEJA DE ESTAR PRESENTE

Autores: Lic. Julia Simioli, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP
Lic. Ana Paula Porterie, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP

Correo electrónico: juliasimioli@gmail.com

ESTECO: UNA CIUDAD “DESAPARECIDA” QUE NO DEJA DE ESTAR PRESENTE

Resumen:

En este trabajo nos propusimos narrar las distintas visiones sobre una ciudad “desaparecida”: Esteco. Esta ciudad, fundada por españoles en 1566 en lo que hoy es la provincia de Salta, fue trasladada y luego destruida por un terremoto. Numerosos mitos, coplas y leyendas rodean su historia y persisten entre la población local, llegando hasta nosotros. Intentamos en esta ocasión, dar cuenta de cómo se vinculan y entrecruzan nuestras actividades como arqueólogos, los relatos presentes en los documentos históricos y las múltiples voces de quienes vivieron y viven en la región.

Nuestra Señora de Talavera o Esteco fue una ciudad colonial de la actual provincia de Salta, cuya existencia apenas superó el siglo XVII (1566/7-1609). Fundada por españoles en las cercanías de la *madre de ciudades*, Santiago del Estero, y en las márgenes del río Pasaje-Juramento, fue trasladada y refundada en un nuevo paradero. En su segundo asiento fue rebautizada con el nombre de Nuestra Señora de Talavera de Madrid, aunque conservó -como su antecesora-, el nombre popular de Esteco. Esta ciudad pasó a la historia local y regional como la ciudad “maldita” o como la “Sodoma y Gomorra” del noroeste argentino: un terremoto acabó con ella un 13 de septiembre de 1692. Para ese entonces había devenido en una pequeña población fortificada, manteniéndose habitada a pesar de los reiterados ataques de las poblaciones originarias chaqueñas.

Desde nuestro trabajo como arqueólogos excavando lo que fueran las “ruinas” de las dos ciudades, nuestro objeto de estudio se constituyó como tal, una vez que había dejado de ser. No obstante, este espacio cubierto por monte espinoso, desolado a nuestros ojos, constituye en la actualidad una fuente inagotable de resignificaciones por

parte de los vecinos, antes castellanos y pobladores locales, hoy salteños y gentes llegadas de distintos lugares, principalmente de ciudades aledañas.

En la actualidad, a cualquiera que se le pregunte, la respuesta es clara: no hay dos Esteco. Se trató siempre de una sola ciudad que se reubicó en un nuevo lugar, sin importar que las fuentes históricas y que los investigadores las mencionen de manera distintiva o que el núcleo poblacional de una no se trasladara completamente a la otra. En el imaginario popular, Esteco es Esteco. Raramente, además, los vecinos de uno de los sitios conocen o mencionan al otro, a pesar de su cercanía.

El compendio de mitos, relatos y apariciones que se tejía alrededor de Esteco, fue llegando a nosotros en forma de relatos desde la bibliografía y, de forma más rica, a partir de la gente para quienes Esteco es parte de su vida cotidiana.

Lejos del olvido y del silencio que uno asociaría a un lugar abandonado y perdido en el chaco-salteño, en la actualidad la “memoria de Esteco” ha cobrado múltiples matices y nuevos actores parecen añadirse día a día a su historia: un entramado que relaciona vecinos, sacerdotes, trabajadores golondrina, diputados, arqueólogos y empresarios. Nuestra permanencia y nuestro trabajo nos vincula con la población que conoce, indaga y convive con Esteco, entonces la pregunta que surge de ello es: ¿qué lugar ocupamos en este entramado como arqueólogos “foráneos” que entramos y salimos de un espacio que es percibido como sagrado/maldito/abandonado/poblado por fantasmas que son custodios de fabulosos tesoros? ¿Cómo considera nuestro trabajo la comunidad local? Pero fundamentalmente, ¿cómo vive la gente Esteco hoy?

LA HISTORIA DE LA CIUDAD: QUÉ NOS NARRAN LOS DOCUMENTOS...

Durante años, historiadores y antropólogos se toparon recurrentemente con las Esteco, dos ciudades españolas de la Gobernación del Tucumán, tan mencionadas en la documentación histórica. Mucho era lo que se había escrito sobre estos dos emplazamientos pero nadie sabía “a ciencia cierta” dónde era que estaban. Casi sin quererlo, podría decirse que este desconocimiento académico de paraderos y coordenadas contribuía a alimentar el mito de las ciudades perdidas.

Fue recién en el año 1999 cuando un grupo de investigadores, durante un viaje de reconocimiento en el monte chaco-salteño, y a raíz de la presencia de tiestos cerámicos, montículos, huesos de animales y algunos pequeños fragmentos de vidrio y loza, ayudados por la cartografía y referencias antiguas, se dieron cuenta que estaban en el espacio en donde había sido erigida la primera de las ciudades.

Pero en esta visita al campo, los investigadores no estaban solos. Si bien el misterio de Esteco sonaba en el ámbito académico, para los actuales vecinos del caserío El Vencido y del pueblo de El Galpón, las ubicaciones de estos sitios arqueológicos eran bien conocidas. En un principio, la colaboración del vecino don Policarpo Fernández como guía fue primordial en aquellas geografías. Luego, sus relatos respecto de los cambios “de las ruinas, del cauce del río y del suelo” nos ayudaron y ayudan a comprender una dinámica para nosotros desconocida hasta entonces. Él, como mucha

tanta otra gente de estas localidades, recorrieron ese monte cuando “todavía las casitas estaban algo en pie” y suelen entrar “a buscar leña, yuyos y cacharritos viejos que salen después de las lluvias”.

Fue aquí cuando comprendimos que lo que nosotros abordábamos como un espacio abandonado, lejano en tiempo y espacio, para los vecinos que viven allí, Esteco es todo lo contrario. La mayoría de los adobes que sostienen las techumbres de las casas de la zona de El Vencido, por ejemplo, fueron reutilizados trasladándolos desde el monte hasta el barrio, y lo mismo pasa con las tejas, como bien supo comentar en voz baja uno de los niños que nos acompañan a excavar todos los años.

En la feria dedicada a la historia de El Galpón, realizada en coincidencia temporal con las fiestas patronales, muchas familias se acercaron a mostrar las antigüedades heredadas de sus mayores. Fue entonces cuando más de uno aseguró que alguno de sus abuelos las había encontrado andando por el monte. También están los que no se animan a acercarse, para no molestar a las almas de los fallecidos en el terremoto, en contraposición con aquellos de otras zonas -según el decir de la gente- que incluso llegan con detectores de metales y abren enormes pozos en busca del oro que dejaban caer los antiguos vecinos que vivieran, según dice la leyenda, en la abundancia. Resumiendo, Esteco no es indiferente. Genera tanto miedo como curiosidad. Pasemos a ver el origen de esta relación en la que se entreveran el respeto y el temor.

UNA MALDICIÓN QUE PERDURA: MITOS, LEYENDAS Y SUSTOS.

- “Usted que se anima a andar por ahí, ¿ya ha visto la estatua? Es una mujer y lleva a su chiquito en brazos. Mi cuñado dice que la vio, pero como se esconde en el monte, uno va a donde le dicen que está y nada... Parece como que se mueve, anda. Lo mismo que las paredes viejas de las casas. Yo las señalo cuando las veo, pero al rato ya no están. No se quieren dejar ver. ¿Y el aullido del perro solo que hace pozos buscando a su dueño?”

Estas narraciones, con algunas variantes, suelen repetirse año tras año, cuando visitamos la zona. Según el decir de muchas personas, al ir al monte se encuentran con la estatua de esta mujer, que se desplaza siguiendo un rumbo bastante preciso: ella se acerca, sin prisa pero sin pausa, a la ciudad de Salta para hacerla desaparecer. Parece que esta capital tiene deparada en su futuro la misma suerte que la fatídica Esteco. Como dice el dicho popular: “Salta saltará, Tucumán florecerá y Esteco perecerá”. Indaguemos, entonces, sobre los orígenes de esta historia conocida como la Sodoma o Gomorra del Chaco-salteño.

El punto de partida para la proliferación de leyendas respecto de Esteco tuvo lugar un 13 de septiembre de 1692, cuando la tierra tembló tan fuerte que lo que quedaba de la ciudad se hundió para siempre en suelo salteño. Este terremoto fue narrado tanto en partes oficiales como en documentos de la época. Además, este hecho quedó señalado por un padre jesuita, quien lo interpretó como una “consecuencia” de la licenciosa vida de la gente de esta ciudad: “porque habiendo llegado a ser la más

opulenta de todo el Gobierno del Tucumán, con tal demasía que aún los brutos se calzaban de herraduras de plata y tal vez de oro”. Muchos autores señalaron enfáticamente la indecorosa conducta de los habitantes, el lujo exagerado de que hacían gala, su despilfarro, el culto a la riqueza y su olvido de la palabra divina: en esta ciudad ya nadie se acordaba de Dios. Se creía que los vecinos eran tan ricos que usaban utensilios de oro y plata: “Eran gentes tan orgullosas y vanas que si se les caía una prenda de vestir, como un pañuelo de seda, el rebozo o el sombrero no se molestaban el levantarlo”.

Fue entonces cuando apareció la figura de un mendigo redentor, para muchos San Francisco Solano, que disfrazado con harapos imploró comida y lugar de descanso mientras predicaba por la ciudad la humildad, caridad y templanza, bondades que no fueron oídas por los vecinos. Sólo una mujer pobre sacrificó su único animal de corral para darle de comer. Por ello fue que el mendigo le anunció el fin trágico que aguardaba a la ciudad: un terremoto la devolvería a la tierra, castigando a los impíos...

“Entonces el señor hizo llover del cielo de Sodoma y Gomorra azufre y fuego por virtud del Señor” (Génesis 19, 24).

La mujer y su hijo pequeño, debido a su generosidad y altruismo, acompañarían al mendigo en la noche y abandonarían con él la ciudad, para ponerse a salvo. Y a pesar de lo que oyeran a sus espaldas, no deberían volver su vista a lo que dejaban atrás.

“...y arrasó estas ciudades, y todo el país confinante, los moradores todos de las ciudades, y todas las verdes campiñas de su territorio...” (Génesis 19, 25).

Así fue que dejaron Esteco, pero la curiosidad de la mujer fue mayor: al sentir el estruendo de las casas hundiéndose en la tierra, se dio vuelta para contemplar el horror y se convirtió en ese instante en piedra, según una versión, o en estatua de sal, en otra. Ella es la que avanza, oculta, esquiva y protegida por el monte, hasta la ciudad de Salta.

“No sigas ese camino,
No seas orgulloso y terco,
No te vayas a perder,
Como la ciudad de Esteco...”

Los trabajos históricos dedicados a Esteco coinciden en la temática de la destrucción de las ciudades en relación con la actitud de sus pobladores antiguos. Entonces, la pregunta que nos formulamos fue ¿cómo se relaciona la gente de hoy con la ciudad o con lo que queda de ella? ¿Qué se sabe de Esteco en las inmediaciones del sitio en que estuvo emplazada? A partir de las versiones relatadas por distintos actores a lo largo de estos años, es que presentamos este brevísimo racconto de hechos que contribuirán a conocer cómo es concebida la ciudad.

PERMISOS EXPLÍCITOS Y PERMISOS SAGRADOS

Nuestra primera estadía en la segunda Esteco fue por julio del 2004. A primera vista parecía un cuadrado de monte perfecto, emplazado en un campo limpio, nivelado y

sembrado, rodeado de árboles de naranjas, pomelos y limones. En la actualidad, este predio está loteado y custodiado. Los jóvenes de El Galpón y otros pequeños pueblos encontraban y encuentran en estas plantaciones una salida laboral temporaria en épocas de cosecha.

Entendiendo que para los vecinos estas ruinas contienen los restos de las personas fallecidas por el terremoto, cuando el terreno fue deforestado con enormes topadoras y preparado para la siembra, se delimitó un espacio, creyendo preservar la forma original de la ciudad, y con ella, el lugar en donde podrían encontrarse los difuntos.

Fue esa misma mañana cuando, al recorrer perimetralmente el sitio, encontramos una enorme cruz blanca que señalaba una brecha abierta en el monte.

Al llegar al pueblo e indagar sobre esa señalización nos comentaron que había sido puesta allí luego de una larga peregrinación y una misa en el lugar: el pueblo había ido a rezarle a las almas que andan vagando perdidas por el monte. De hecho, encontraron extraño que quisiéramos entrar en un “lugar como ese” y sugirieron que, para protegernos, fuéramos a hablar con el cura de la parroquia San Francisco Solano. Así lo hicimos y a la mañana siguiente, un responso fue rezado en Esteco, en donde se pidió nuevamente por las almas de los difuntos y por nosotros, dado que ingresábamos en un espacio sagrado. Rociados con agua bendita y luego de rezar un Padre Nuestro y un Ave María, podíamos ingresar. Mediante este acto litúrgico estuvimos en condiciones – tanto para el pueblo como para la iglesia- de recorrer las ruinas de la ciudad sin disturbar a las almas que la protegen. En contradicción con este cuidado requerido, encontramos no sin desagradable sorpresa, que el interior del monte estaba jalonado por enormes y profundos pozos, vinculados con actividades de saqueo o, en términos locales, de profanación. Estos pozos eran atribuidos por los vecinos de El Galpón, a buscadores de tesoros, que llegaban allí provistos de detectores de metales y hacían caso omiso del “susto” que podía llegar a afectarlos. Existe en la región la creencia de que hay allí cuencos llenos de monedas y carretas enterradas cuya carga serían también monedas y cofres con oro. En más de una oportunidad nos fue preguntado si era ése el objeto de nuestra búsqueda. Ante la negativa, surgía la desconfianza. En casos así, abríamos las bolsas que contenían los materiales de nuestras recolecciones superficiales. Parecía entonces que el contenido –fragmentos cerámicos y alguna que otra teja- eran familiares para estos veedores y aseguraban tener grandes colecciones de objetos semejantes en sus casas y nos invitaban a pasar a fotografiarlas. En esos momentos dejábamos de ser potenciales ricos y, mientras caminábamos por el pueblo, muchos se acercaron a contarnos sobre las cosas que “se dejan ver cuando la lluvia lava un poco el suelo durante el verano”.

Pero en estas recorridas por el campo algo llamó particularmente nuestra atención. Este cuadrado de monte preservado no había tenido tal forma originalmente. Los propietarios de la finca, prometiéndolo y asegurando al pueblo que nada le sucedería a Esteco, habían seleccionado un espacio mayor y de forma rectangular. Con el tiempo,

y al ver que los cítricos de alrededor prosperaban, se consideró que desmontando unos metros más a ambos lados del predio, nada pasaría con las almas ni con los vivos y de esta manera dos hileras más de árboles entrarían perfectamente. Esto sucedía por el año 2000. Cuatro años después, a nuestros ojos la imagen de ese atrevimiento era la de un campo seco, oscuro y arrasado: ese espacio ganado al monte habría sufrido una fuerte helada y todo lo plantado se había secado. Apenas se mantenían en pie algunos vestigios de los árboles, ahora secos. Paradójicamente las tejas de las antiguas viviendas de Esteco habían sido dispuestas alrededor de los delgados y jóvenes troncos a modo de protección.

La maldición de Esteco nuevamente recaía sobre la avaricia: los cítricos brillosos sembrados en años anteriores parecían estar separados por una línea recta imaginaria del campo estéril con sus árboles amarronados. Más de tres siglos después del terremoto, el castigo ahora parecía ser la sequía. A igual tratamiento e igual condición climática, el suelo de Nuestra Señora no dejaba prosperar nada de lo que allí se plantara.

“Y orgullosa, envanecida,
En los placeres pensando
En las riquezas nadando,
Y en el pecado sumida;
A Dios no diste cabida
Dentro de tu duro pecho,
Pero, en tus puertas, un eco
Noche y día resonaba,
Que suplicándote estaba:
No seas orgulloso y terco...”

DE REINCIDENCIAS Y PRESIONES POPULARES.

La mala fortuna quiso que esa no fuera la única intervención sobre el terreno de Esteco. En febrero del año 2005 la totalidad del monte que sellaba el espacio preservado fue arrasado con topadoras y cadenas. Esteco quedaba al descubierto y disturbada por las enormes raíces de los árboles arrancados. Era evidente que el miedo a la maldición había caducado. El fin era, esta vez, la construcción de una planta empaquetadora de cítricos en el interior de la finca. No obstante, la presión de la gente se hizo sentir. Un diputado provincial, vecino de El Galpón y conocedor de la zona y de nuestro trabajo, advertido de cuanto había sucedido, efectuó una denuncia penal ante un juzgado de instrucción de la ciudad de Metán.

Medios como el Diario El Tribuno, también expresaron de manera explícita su posición al respecto, reflejando el descontento general. En varias notas periodísticas se denunciaron tanto a particulares como a empresas intervinientes y se citaba el decreto que declara a las ruinas de Esteco como “Patrimonio histórico y de interés provincial”.

A raíz de estas acciones, se obtuvo un dictamen judicial de no innovar y desde entonces, el espacio señalado y georreferenciado deberá permanecer libre de cultivos.

Una vez más, ley, medios de comunicación y litigios mediante, Esteco volvía a su silencio habitual sólo que esta vez, deforestado.

A MODO DE CIERRE: INTENCIONALIDADES Y PROYECCIONES.

Volviendo sobre algo ya expresado, Esteco, con sus siglos de historia, no fue ni será indiferente: todos los que hayamos estado caminando por encima de sus ruinas, todos los alumnos escolares de las localidades circundantes que hayan ingresado de noche con linternas, todo aquel que haya llevado a su familiares y amigos a conocer “el pasado de la región”, todo el que abra una porción de su suelo buscando ladrillos para levantar las paredes de sus casas, o aquel que haya escuchado al perro aullar, buscando a su dueño desaparecido en el terremoto, tienen una opinión, una sensación y algo que contar. Las voces están en las vivencias de los mayores y han sido narradas, transmitiéndose de boca en boca, de padres a hijos, de maestros a alumnos, y se preservan y reinterpretan hasta nuestros días. Es por eso que la arqueología, en este punto encuentra sus zonas de oscuridad si pretende referirse solamente a lo que cuentan los documentos escritos y los objetos arqueológicos. Debemos replantearnos nuestra forma de abordaje, máxime si evaluamos las múltiples fuentes de información sobre las cuales podemos indagar. Tenemos la oportunidad de establecer un diálogo con otros interlocutores, con una multiplicidad de voces que nos dicen qué ha sucedido de un tiempo a esta parte. Coplas, poesías, narraciones, diarios, el maestro rural que recorre la zona desde chico, el vecino que juntaba tacitas de loza con su abuelo, amplían ese enorme abanico de posibilidades.

Entre todos los actores locales y nosotros existen lugares comunes: la revalorización y el respeto. Rastreando nuevas fuentes, testimonios y pervivencias y, dando a conocer, compartiendo nuestro trabajo a la comunidad, en palabras de un investigador andino, es nuestra intención “reflexionar, no desde una contemplación objetiva o teórica del espacio, sino desde una actitud de tomar parte”, en un espacio co-construido de resignificaciones en donde nos encontramos inmersos.

Sugerencia de lecturas:

CARRIZO, J.A., 1933. Cancionero popular de Salta. Universidad Nacional de Tucumán. Baioco y Cía., Buenos Aires.

DÍAZ, E., 1968. La "licenciosa" Esteco y sus leyendas. Instituto Amigos del Libro. Buenos Aires.

REYES M. GAJARDO, C., 1968. La ciudad de Esteco y su leyenda. Cuadernos de Humanitas, Nº 26. Universidad Nacional de Tucumán. Facultad de Filosofía y Letras. Tucumán.

VIDAL DE BATTINI, B. E., 1942. La leyenda de la ciudad perdida. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. Tomo III: 119-50. Plantíe Talleres gráficos S.A., Buenos Aires.

VILCA, M., 2007. Piedras que hablan, gente que escucha: la experiencia del espacio andino como un "otro" que interpela. Una reflexión filosófica. Filosofía, cultura y sociedad en el NOA. EdiUnju, Jujuy.